

dor, después de llamar uno de sus predecesores herejía al "modernismo". Y lanzó a los cuatro vientos su encíclica "Paz en la Tierra", en la que adoptó una postura democrática, social y política, que se manifestó hasta en el estilo sencillo y sin pretensiones autoritarias.

Era un hombre enraizado en las realidades terrenas, conocedor profundo de la Historia, que —por eso mismo— estuvo fuera de elegantes idealismos, y —en cambio— confió en la fuerza transformadora que late en el fondo del hombre. Por eso no se escandalizó por los "signos de los tiempos", sino que los adoptó sin prejuicios, queriendo que el cristiano los viera en su fuerza positiva, sin adoptar la postura "anti" a que nos habían acostumbrado los Papas anteriores con su enemiga al liberalismo y al socialismo por un lado, o a la evolución y al poligenismo por otro. El fue quien no quiso que se condenase definitivamente a Teilhard de Chardin, y quien paró la inclusión en el *Índice de Libros Prohibidos* de la obra escriturística de Robert y Feuillet.

La obra que comento, escrita con ejemplar fluidez por el buen periodista y estudioso de los problemas de actualidad que es Feliciano Blázquez, está presentada con modos nuevos, que hacen entrar por los ojos lo que era presentado casi siempre en forma abstracta. Y tiene además el buen acuerdo de entrar en la entraña misma de su vida, de su psicología —manifestada en hechos concretos— desde la infancia. Un error frecuente hasta ahora, en la presentación de la vida de Juan XXIII, es hacer un corte entre su historia anterior al Papado y la posterior. El hecho de que antes no hubiera llamado la atención del mundo eclesiástico, ni tampoco del civil, se debe precisamente a esa sencillez evangélica que no estaba de moda en la Europa "snob" de entonces. Pero, tras tanta carga de artificialidad, de prestancia exterior y de "pose", la llegada del Papa Roncalli fue distendidora, supuso el comienzo de la espontaneidad en la Iglesia. Espontaneidad que no hemos sabido todavía asimilar con normalidad los católicos, que nos debatimos por un lado entre la desorientación y la irresponsabilidad novedosa superficial, y la añoranza de la rigidez tridentina por otro, sin llegar nunca a superar esta infantil dicotomía.

Libros así —a pesar de su sencillez divulgadora— pueden hacer bien a nuestros católicos ac-

tuales, que han perdido el sentido del humor y de lo espontáneo, viviendo demasiado atentos a esa seriedad superficial —de origen burgués, como demostró Sartre— que confundimos con la responsabilidad social. ■ E. MIRRET MAGDALENA.

La "estética informativa"

La formulación por Shannon y Wiener de las bases de la que hoy conocemos como "teoría de la información" es uno de los hechos que más han ayudado a superar las viejas barreras entre disciplinas humanísticas y científicas. Así, por ejemplo, sin la introducción por los citados autores de la noción universal de complejidad —equivalente a contenido de información— de un sistema, Abraham Moles y Max Bense no habrían podido sentar las bases de su "estética informativa", para utilizar el término acuñado por el primero. De Moles, conocido semiólogo y sociólogo de la cultura, acaba de traducirse al castellano una obra fundamental para la comprensión de esa disciplina todavía embrionaria: "Teoría de la información y percepción estética" (1).

Para analizar cualquier mensaje, Moles nos propone partir de una situación bipolar, que es la que se establece entre los términos de "información" y "redundancia". La cantidad de información de un mensaje dado dependerá del grado de imprevisibilidad de los elementos que lo constituyen. Redundancia será, por el contrario, todo gasto innecesario de símbolos que, por previsible, no aportan nada a la originalidad de aquél.

Esa previsible, que contribuye a la redundancia, pero también a la inteligibilidad del mensaje, está en función de la memoria perceptiva del individuo que, sobre la base de la experiencia, le permite la elaboración y el almacenamiento en su cerebro de símbolos, formas y estructuras susceptibles de ser luego proyectadas sobre los nuevos mensajes. Sin la existencia de un mínimo de redundancia, la comunicación entre el emisor y el receptor resulta imposible al no encontrar este último ningún elemento asimilable a otro de su propia experiencia que pueda servirle de asidero.

(1) Traductor: Domingo Cardona. Editorial Júcar. Madrid, 1976.

Existe, pues, un umbral de complejidad, pasado el cual el mensaje deviene intransmisible y se convierte en lo que, en términos sonoros, se llama un "ruido blanco", es decir, un fondo desorganizado donde el sujeto es incapaz, a pesar de sus esfuerzos de exploración perceptiva, de descubrir una estructura mínima.

Todas las consideraciones anteriores son igualmente ciertas en el caso de la obra de arte. Esta se mueve también en un terreno dialéctico cuyos dos polos son la originalidad y la redundancia. En ella distingue, sin embargo, Moles dos mensajes simultáneos —el semántico y el propiamente estético—, que, transportados por los mismos elementos, entrañan cada uno de ellos un grado propio de información.

Frente a la información semántica, de carácter propiamente denotativo y fácilmente traducible, está la información estética, que deja sentir sus efectos sobre el estado interior del receptor —el ámbito de sus emociones— y que representa el "campo de libertad" de la obra, donde tanto el emisor como el receptor vuelcan su subjetividad.

Una de las tareas que se ha fijado la estética informativa, tal y como la entiende Moles, consiste precisamente en fijar ese mínimo de redundancia pasado el cual la obra de arte se convierte en un mero juego estéril desde el punto de vista de la colectividad. Este umbral se traspasa cuando el artista crea con la obra el código exclusivo que la sustenta sin apoyarse en ningún elemento heredado culturalmente, por hablar en términos ideales.

Moles analiza cómo el grado óptimo de inteligibilidad, equidistante de la redundancia y la entropía máximas y cuyo conocimiento es fundamental en una época en que coexisten una vanguardia despegada del entorno y un arte dirigido básicamente a las masas, varía según se trate de mensajes artísticos elementales o múltiples. Este último tipo de obras, que —como es el caso del ballet o la ópera— se dirigen simultáneamente a varios sentidos, requieren una mayor redundancia que aquellas otras destinadas fundamentalmente a un solo canal sensitivo.

El libro de Moles, que no se limita a la simple exposición teórica, sino que esboza una metodología concreta para determinar el grado de originalidad de los mensajes artísticos —y en espe-

cial los musicales, con los que más ha trabajado el autor— no es de lectura fácil, e incluso puede ocurrir que algunos se sientan desilusionados por la aparente evidencia de los resultados, que parecen no justificar tantos esfuerzos. Personalmente, compartimos, sin embargo, el optimismo del autor sobre el futuro de una disciplina que, según se ha señalado, está todavía en sus comienzos. ■ JOAQUÍN RABAGO.

Aproximación a Seguí

Como "un punto de inflexión en la línea del anárquico-individualismo español" considera Antonio



Salvador Seguí: el Noi del Sucre.

Elorza la posición de Salvador Seguí manifestada en sus últimos escritos. Antonio Elorza se acerca al pensamiento y la vida de Seguí a través de sus trabajos en la prensa madrileña, cuya edición ha preparado. En este libro ("Artículos madrileños de Salvador Seguí", Cuadernos para el diálogo, Divulgación Universitaria, num. 103) Elorza reúne artículos de los periódicos "España Nueva" (1919-20), "Vida Nueva" (1921-22), "Cultura y Acción", cartas y entrevistas en otras publicaciones ("El Sol", "La Libertad", "La Voz", "Hoy", "El Heraldo"), así como diversos textos de "Solidaridad Obrera", relativos al sindicalismo. El autor estima que su tarea es en cierto modo complementaria de la edición de "Escritos" de Seguí hecha por Isidre Molas, parte de cuyo material había aparecido en el libro de Josep M. Huertas Clavería, "Salvador Seguí: el Noi del Sucre. Materiales para una biografía", editado recientemente en castellano (Edi-

torial Laia, Colección "Primero de Mayo", núm. 7).

En su densa introducción, Antonio Elorza (que considera a Seguí "la figura más destacada del sindicalismo revolucionario barcelonés") perfila la idea que tenía Seguí del anarquismo. En sus textos éste se manifiesta de tres formas: Como postura de grupos movidos por un ideal aristocrático dentro de los explotados; como ideal supremo de perfección humana y "como resorte que impulsa la acción de las minorías superiores dentro de los sindicatos". El periódico "España Nueva" publicó unos "Pensamientos" de Seguí (recogidos en el libro) donde queda claro este ideal aristocrático. Dice uno de ellos: "Soy... anarquista. Bien. ¿Supongo que habrás pesado tus nobles aptitudes, para saber con qué cuentas y llegar a la afirmación aristocrática de tu vida?". Y José Viadiú escribió de él: "A la primera juventud, Seguí ya se preocupaba de las cosas que inquietan a las minorías selectas. En esta edad, Nietzsche fue su pontífice: 'Así hablaba Zarathustra', su biblia, y la despreocupación de los problemas económicos personales, su lema". Por eso señala Elorza que la actitud de rebeldía tuvo en Seguí siempre un valor dominante, muy claro, por ejemplo, en el título que dio a una novela corta, publicada a raíz de su trágica muerte: "Escuela de rebeldía".

La novela aparece recogida en el libro de Huertas Clavería, que, fiel a su título ("Materiales para una biografía"), sigue una vía testimonial. Así incluye, entre otras aportaciones documentales, una entrevista del propio Huertas a Teresa Muntaner, compañera de Seguí. Esta entrevista fue publicada por vez primera en TRIUNFO ("El Noi del Sucre", 31-3-1973, núm. 548). O los recuerdos de seis testigos de la vida del Noi: Amadeu Bernadó, Miquel Ferrer, Pere Foix, Federica Montseny, Josep Peirats y Rafael Vidiella. ■ V. M. R.

Cartas de Sacco y Vanzetti

La anécdota histórica, dramática y obrero-anarquista es bien conocida: el 23 de agosto de 1927 —ahora rondamos el cincuenta aniversario— fueron electrocutados, por condena a muerte, en la prisión de Charlestown, Massachusetts, los italianos inmigrantes Nicola Sacco, zapatero, y Bartolomeo Vanzetti, ven-

dedor de angulas, de treinta y seis y treinta y nueve años de edad, respectivamente, acusados de haber robado la nómina de una fábrica de calzado y dado muerte al pagador y al vigilante que transportaban el dinero, poco más de quince mil dólares. Entre el curso normal del juicio, las demoras y apelaciones, Sacco y Vanzetti pasaron en la cárcel siete años, donde tuvieron sobrado tiempo para perfilar su ideología política —finalmente calificada dentro de los presupuestos del anarquismo— y cobrar conciencia de que no estaban siendo juzgados por un delito cuyas pruebas eran irrisorias y casi inexistentes, sino que deliberadamente la sociedad conservadora y capitalista, los turbios afanes electorales y presidencialistas, el miedo a la creciente fuerza del proletariado y el deseo de escarmentar a los radicales de este movimiento, entre otros conflictos —por ejemplo, la mala conciencia del ministro de Justicia, Palmer, por haber desencadenado una ola de "terror blanco" para limpiar el país de elementos subversivos—, sentaron a esos dos obreros italianos inmigrantes en la silla eléctrica, en medio de una psicosis colectiva y a través de un proceso resonante, que enfrentó moralmente en todo el mundo las fuerzas reaccionarias y progresistas (aunque ya esta palabra, "progresista", ha perdido modernamente significado, en la medida en que el progreso tanto occidental como oriental no ha resuelto los conflictos de clase).

La condena de Sacco y Vanzetti más pareció una conspiración que un error judicial. Al oír la sentencia de muerte, Sacco habló poco porque no dominaba bien el inglés, pero Vanzetti —y parece mentira en un asendereado trabajador autodidacta— pronunció un discurso, verdadera pieza oratoria, sencilla, lúcida y conmovedora, que hizo llorar a las mujeres y congestionar el rostro de los hombres. Su única universidad fueron los trabajos duros y mal pagados, la inseguridad económica permanente y la cárcel. La emigración, la soledad, el abandono y las jornadas de trabajo de catorce horas engendran anhelos de libertad y justicia. De ahí a convertirse en una alimaña anarquista enemiga de la sociedad y del orden establecido hay un paso, que Sacco y Vanzetti dieron decididos.

Hoy, para nosotros, al cabo de cincuenta años, la personalidad de Sacco y Vanzetti se presenta, a la vista de sus cartas y datos

autobiográficos e íntimos, dotada de un recio idealismo y de una valentía y honestidad absolutamente ejemplares, dentro, claro, de la situación límite a la que fueron llevados. Son reacciones imprevisibles. Hay individuos que en las situaciones límites se amilanan, se desorganizan, pero otros se crecen, adquieren peso específico y pisan el umbral de un heroísmo sereno y superior. Las cartas de Sacco y Vanzetti (1), públicas y familiares, antes y después de la prisión, nos dan una dimensión humana que, de simples obreros zarandeados por fuerzas ciegas, evoluciona sobre el miedo físico a la muerte y el calibre de la infamia hacia una conciencia política, una fe y una dignidad que,

quista" se desvirtúan en las personas, al menos en las personas de esta calidad humana, todas las grandes y solemnes cuestiones que las han llevado al cepo dialéctico de la clasificación denominativa, cuestiones como la especie de condenación bíblica del obreraje, la ceguera del azar histórico, la conciencia no abstracta de la injusticia y la convicción profunda de poder influir en la transformación de estas condiciones.

Vanzetti, por ejemplo, empezó trabajando como aprendiz de repostero: "Estuve allí —dice en su autobiografía, sencilla, expositiva— alrededor de veinte meses; se trabajaba de siete de la mañana a diez de la noche, y me daban tres horas libres para salir,



Los anarquistas Sacco y Vanzetti, tras su detención, en 1920.

al correr del tiempo, pueden constituir perfectamente un símbolo capaz de abochornar los equívocos miedos represivos de la sociedad. A esta clase de personas no me gusta llamarlas anarquistas ni libertarias ni nada que se le parezca. Son denominaciones desprestigiadas e inútiles que pertenecen a la mística de la revolución y que nunca van a poder ya despegarse de su halo violento, noblemente irracional, inflamado por la sed inextinguible de justicia. Parece que al hipostasiarse en "anar-

cada quince días". Vanzetti, que se crió como "flor de invernadero" en zahúrdas laborales, da una idea de lo que eran las condiciones de trabajo para la mayoría inmigrante. Y que no faltara. Que no faltaran ese lodo, esa mugre, esa explotación: "Aquel fue un año desgraciado. Los pobres dormíamos a la intemperie, y revolíamos las inmundicias de los cubos de basura para hallar una hoja de repollo o una manzana podrida". De esto a la cárcel y a la silla eléctrica, no sin un breve tránsito de activismo político. Pero quizá así se comprenda mejor que Sacco y Vanzetti murieran con la convicción de haber transformado su vida sórdida en una causa noble capaz de haber mejorado las condiciones de la relación humana: "¡Las vidas que nos quitan, vidas de un buen zapatero y de un pobre vendedor de pescado; eso es todo! El último momento nos pertenece, la agonía es nues-

(1) *The Letters of Sacco and Vanzetti*. The Viking Press, Inc., Nueva York, 1955. En castellano, para Sacco, pueden consultarse *Los anarquistas. I. La teoría*. Selec. y pról. I. L. Horowitz, pp. 331-339. Añanza Ed. Madrid, 1975. Y para Vanzetti, el libro editado recientemente por Granica, Barcelona, 1976, 223 pp., que contiene, además de las cartas a la familia, un fragmento de su autobiografía y el alegato final ante los jueces, todo ello con un prólogo de Cesare Pillo (existe edición anterior argentina, Buenos Aires, 1972).